

Escribió «La Costa de los fuegos tardíos»

Del cuento «Las peras de Dios» de Antonio Pereira, se va a hacer una adaptación cinematográfica

Contrariamente a lo que se piense, no siempre el cuarto de trabajo de un escritor es un sitio de manuscritos, de los cuales el polvo revela su edad. Es cierto, me sorprendió el orden del despacho-dormitorio-cuarto de estar de Antonio Pereira.

Pereira nació en Villafranca del Bierzo, un pequeño pueblo de León cuyo censo no supera los tres o cuatro mil habitantes, y donde todos los años se celebra un congreso de poetas locales, los que viven en Madrid tienen que fletar un autobús. Con tales antecedentes, Antonio Pereira sólo podía ser escritor.

Su obra es amplia, cinco libros de poesía, «El regreso», «Del monte y los caminos», «Cancionero de Sagres», «Dibujo de figura», y una recopilación hecha por Plaza y Janés bajo el título de «Contar y seguir». Como novelista ha publicado «Un sitio para Soledad», «País de los Losadas» y «La costa de los fuegos tardíos». En esta última, el protagonista es la Costa del Sol, de la que el autor dice «que no es tan sueca como la pintan». Tiene también varios libros de narración breve, entre ellos «Una ventana a la carretera», que le valió el premio «Clarín» y «Los brazos de la i griega», publicada recientemente en Noega, del que el cuento «Las peras de Dios» se va a llevar al cine. Antonio Pereira es un personaje curioso. Tienen un gran sentido del humor bajón una apariencia seria. ES meticuloso hasta extremo, y aquí, con la que cae, le podemos ver con su jersey y rebeca, cenando unas sopas de ajo.

-¿ Qué hace un escritor leonés en la Costa del Sol, en pleno verano?

-Lo mismo que en Astorga o en Villafranca del Bierzo, solo que dejándose querer por la pereza. Contra lo que enseñan los moralistas, la pereza no es la madre de todos los vicios. Pero ponga usted que servidor cultiva el ocio fecundo, así queda como más ético.

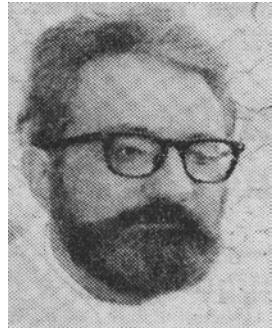
-¿Cree usted en la inspiración?

-Sí, pero sin exagerar. Admito, más bien que uno tenga mejores y peores momentos

para la creación. Hay gente bondadosa (pero ingenua) que te lleva a su casa frente al mar o la montaña y te dice: «Hala, aquí ya te puedes inspirar». Pues no. A riesgo de escandalizar a muchos beatos y beatas de la poesía, el poema puede nacer y madurar y lograrse en un lugar edémico, lo mismo que en el cuarto de baño. Con perdón.

-Habla usted de la poesía. Pero acaso su imagen de escritor anda más por el terreno de la novela y el cuento.

-He perpetrado poemas para componer cinco libros, desde «El regreso», en la colección Adonais, hasta «Contar y seguir», en Plaza y Janés. Así que ya me dirá.



-¿Ha cambiado «La costa de los fuegos tardíos» desde 1973, año en que usted publicó su libro?

-Creo que el mundo que yo recojo en «La costa de los fuegos tardíos», especie de Costa del Sol para los españoles del interior, no cambiado mucho, y es probablemente, lo que menos tenga que cambiar.

-De su último libro de relatos, «Los brazos de la i griega», parece que se va a hacer una adaptación cinematográfica.

-Sí, pero concretamente de uno de los relatos, el que se titula «Las peras de Dios». Será una película compuesta de varios «sketches» con guion sobre otras tantas narraciones de escritores actuales.

-«Las peras de Dios» me parece que es una de esas piezas que usted ha definido como «cuentos eróticos diocesanos»...

-Sí, es verdad. Unos adolescentes de la España celtibera de hace unos años, viven un veraneo en la finca de sus abuelos, ubérrima de peras, y están obligados a desayunar peras, a comer peras crudas y cocinadas, a cenar peras empanadas y peras al gratén, a tomar a todas horas mermelada de peras y zumo de peras... Por añadidura, las peras se convierten en una metáfora continua de las tetitas de sus primas y de todas las mujeres, cuyo misterio, tan celosamente guardado, ellos sueñan con desvelar... Pero usted, señorita, si se baña en Fuengirola o en cualquier playa, comprenderá que con el «top-less», mi argumento se ha quedado un poco anacrónico...

Aun así, no parece que Antonio Pereira tenga dudas sobre la eficacia de su fábula erótico-frutal. El dice, copiando a Stendhal, que lo excesivo es insignificante. Que el mundo va a estar pronto de vuelta hacia las relaciones amorosas donde lo sugerido y «a cuenta», resulte más excitante que lo descarado y total.